

21 febrero 1997. De la crítica tan entera no entiendo ni papa. A lo mejor vosotro, sí. Saludos, César

ABC literario

Novela

Esperanto

Rodrigo Fresán

Tusquets. Barcelona, 1997. 220 páginas, 2.000 pesetas

NO es mal ejemplo el de este autor (Buenos Aires, 1963) para renovar el aplauso del antiguo fervor que rindieron nuestras letras a la maestría de otros narradores de su mismo origen. Sobre todo porque tendemos a apoyar nuestra admiración en la genialidad de Borges y Cortázar, y en esas grandezas narrativas, y desatendemos las novedades que de vez en cuando nos recuerdan que otras voces han ido tomando el relevo. Fresán es una de ellas. Le avalan, junto a «Esperanto», sus primeros pasos narrativos, dos libros de relatos («Historia Argentina», 1991, y «Vidas de santos», 1993) que difundieron su valía por muchos puntos de la geografía literaria. Así que no parece arriesgado sostener que es un eslabón que promete en esa cadena de audaces y fantásticas maneras con las que se han singularizado los novelistas argentinos.

En él se adivina mucho de aquella ejemplar capacidad para explorar desde la imaginación la materia narrativa, y para experimentar nuevos discursos sobre el reverso de la historia de infamias que sufrió aquel país. Escéptico con ella, y elegante en el tratamiento irónico que le rinde —como le dicta la herencia de la que es valedor— se propone, en su primera novela, cambiarle la cara a esa fórmula que consiste en rendirse a la evidencia de que el único arreglo posible a la realidad es reinventarla. Y lo hace con estilo, con el arma de la distancia emocional —desde el que asesta buenos golpes al régimen de terror de los años 70— y sin descuidar la inteligente dosis de hondura humana de la que ha de ocuparse una novela que quiere obviar los descuidos atribuidos a la realidad que delata.

Para empezar, ni siquiera a ésta se le otorga un lugar protagonista, sólo es un rumor necesario para los fines de su argumento. Y éste sólo necesita de «Esperanto»

«Escéptico con la historia de su país, Argentina, Fresán se propone cambiarle la cara a esa fórmula que consiste en rendirse a la evidencia de que el único arreglo posible a la realidad es reinventarla. Y lo hace con estilo»

para ser lo que es: la singular alternativa novelesca a este héroe apoltronado en un tiempo del que no sabe salir. Por otra parte, su peripecia parte de los 90, aunque aquel desatino que vapuleó la vida política de entonces y que cuajó en el dramático episodio de los «desaparecidos» tenga que ver con fragmentos de un pasado que se intenta burlar con un sentido del humor declarado como la suma resultante de «tragedia más tiempo». De manera que retornemos al personaje y dejemos el resto a disposición de quien se anime a merodear por un relato de excelente composición y de sobrado ingenio en la creación de esa figura que le da nombre.

Comienza su andadura en un punto insospechado. No porque abra los ojos un domingo de tantos y repita resignado, y para sí, la única frase de su credo existencial: «nadie me entiende». Con esa sensación se ha pasado buena parte de sus 35 años. Junto a ella, la paradoja de ese apellido por el que lo conocemos —«el que espera»—, aunque él no parece esperar gran cosa. Pero eso no es extraño. Lo que no ocurre en ninguna otra historia es que ésta no nos sitúa al principio o al final de algo. «Esperanto» está ahí, en medio, o ni siquiera eso. Por eso vuelve a cerrar los ojos. Le ocurre



cada día, desde hace 20 años. Un sueño se le repite e intenta descifrarlo en el diván de un consultorio. Esta mañana, como todas, se otorga la oportunidad de recorrer los nudos de su memoria en busca de algún cabo suelto; reconsidera la «operación de reconquistar la verticalidad perdida», y atisba, con descreimiento, la posibilidad de redimirse. ¿De qué? De su incapacidad para comprender los sucesos dramáticos de su biografía. Recuerda rostros, sonidos, escenas «terribles»; primero Brasil, más tarde Buzios... Guarda una foto de la que él es el único superviviente; una culpa que le recuerda la expulsión «de la dicha»; la letra de una canción, la música; su única lengua.

Eso fue el pasado. Que sigue siendo. El presente le acompaña, simplemente, desde no sabe cuándo. Buenos Aires, lo que queda de su familia y lo más parecido a un amigo. Cosas que no apuntan hacia ningún futuro. Por eso se sorprende de que esta mañana «algo» tenga «todo el aspecto de estar comenzando». El lunes llegó la confirmación. Y detrás cada día de la semana. Le seguimos hasta el domingo, de nuevo, en que se cierra el círculo de sospechas. No es que algo acabe. Es que «Esperanto» se cansó de esperar. Y «ya no era el mismo».

Pilar CASTRO

Relatos

El aburrimiento, Lester

Hipólito G. Navarro

Anaya & Mario Muchnik. Madrid, 1996
182 páginas, 1.700 pesetas

A menudo hay un corto trecho entre plantear la literatura como un juego y caer en la impostura. Jugar es lícito siempre, aunque sólo sea una persona la que juegue y los demás asistan atónitos a su diversión, aunque a esos espectadores no les resulte fácil meterse en el juego —quizá jamás lo hagan— y deban conformarse con su perplejidad. La impostura tal vez llega después, como consecuencia directa de haber sido capaz de hacer algo diferente, como confirmación de lo logrado, como una apuesta personal nada fácil.

Al lector que se enfrente a los once relatos breves que conforman este libro, el tercero que el autor dedica a este género, le queda claro que Hipólito G. Navarro (Huelva, 1961) se plantea la literatura como un juego. Un juego, a priori, compartible —aunque es evidente que gran parte de las narraciones necesitan, cuanto menos, un lector atento— pero legítimo también si se practica en solitario. Juega por el mero placer de jugar, y que alguien participe de su diversión no es lo realmente importante.

Desde el relato que abre el libro, «Sucedáneo: pez volador», tanto su contenido como su continente no hacen más que confirmar el carácter lúdico de la literatura que se nos presenta. La fragmentación formal del relato, la reiterada falta de respeto a la mezcla de géneros o la misma historia que se nos cuenta —a caballo entre la literatura del absurdo y el surrealismo— enseguida sitúan al lector en un terreno del que ya no se va a mover mientras dure la lectura del libro: el de lo heterodoxo, el de la valentía literaria. El de lo distinto, si atendemos a la literatura que acostumbramos a encontrar entre las novedades editoriales.

En ese terreno seguirá plenamente el lector en relatos como «A buen entendedor», un cuento planteado como una suerte de sinfonía minimalista, donde unos pocos acordes en apariencia dispersos acaban dando lugar a una melodía asumible como conjunto; «Relatos apoyados en una esquina», en clave de exagerado homenaje a García Márquez; o «¿El tren para Irún, por favor?», un excelente ejercicio de estilo que consigue relatar una historia a partir de constantes oraciones interrogativas. Sin embargo, ni siquiera en los relatos de cuño más tradicional se evita la ráfaga surrealista/absurda. En «El melómano», por ejemplo, un hombre se metamorfosea en equipo de música de alta fidelidad a partir de una obsesiva afición por la música. En «El lector», un relato aparentemente tradicional, se ofrecen tres posibles finales en otras tantas columnas de texto.

Pero muy simplista sería esta mirada desde la ortodoxia o heterodoxia de los distintos relatos que forman este libro si no atendiéramos al universo que los puebla, tan rico como los aspectos aludidos. La obsesión aflora constantemente y sospecho que es en realidad la protagonista del volumen. Son obsesivos muchos de los personajes de la ficción, pero el autor también demuestra ciertas repetidas obsesiones: por los objetos, por el discurso paronomásico, por la riqueza verbal, por los universos oníricos. Tal vez todo ello forme parte ya, finalizado el juego, de una fantástica impostura.

Care SANTOS